

Libro: **¿Qué hacer con las universidades?**

Alain Renaut

UNSAM EDITA, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 2008. (71 pp.).

Clara Ruvituso

Secretaria del Observatorio de Educación Superior de la UNSAM

“La universidad debe readquirir la unidad de espíritu que ha perdido por inadaptación a la época y al medio; y debe, a su vez, infundir e todos los que la frecuenten –profesores, alumnos, oyentes– esa cultura general que refluirá toda sobre la sociedad cuya ideología aspira a representar”¹ (José Ingenieros, 1916).

En cada época, la educación no cesó de requerir una vasta y profunda reflexión sobre sí misma y la filosofía no ha dejado de sentirse concernida por esta convocatoria. Con el sugerente título *¿Qué hacer con las universidades?*, el filósofo francés Alain Renaut invita a renovar el espíritu crítico de la filosofía a través del desarrollo de lo que denomina una “filosofía política aplicada a la universidad”. Esta perspectiva implica retomar la cuestión central de la crisis de “modernización” en la que se encuentra inmersa, indicando, a su vez, vías de salidas posibles en el marco de las actuales sociedades democráticas. A lo largo de los seis capítulos que componen el libro, la crisis de la universidad francesa es comprendida a la luz de la importancia de su origen medieval y de sus transformaciones históricas. Su especificidad muestra para Renaut las consecuencias de una crisis de largo plazo, cuando la universidad medieval debió enfrentarse a las exigencias de la dinámica global de la modernidad democrática de finales del siglo XVIII. Mientras en Francia las universidades eran suprimidas durante más de un siglo dando lugar al desarrollo de las grandes escuelas profesionales², del otro lado del Rin, el modelo humboldtiano salvó con extraordinario éxito a la universidad de su desaparición, recreando las funciones heredadas del mundo medieval a la luz de los imperativos de la modernidad. Las posteriores reformulaciones del modelo alemán para superar las exigencias de los nuevos tiempos no ofrecieron soluciones a la crisis; en este sentido, la miseria presente de la universidad francesa exige formular las propias respuestas.

En el primer capítulo de la obra, Renaut da cuenta de la perspectiva general de este análisis, centrada en las dificultades que la universidad francesa encontró, desde el inicio de la modernidad, en el intento de superar los cuestionamientos sobre su capacidad de asumir los valores de igualdad y libertad exigidos por la modernización. Pero antes de presentar en toda su complejidad lo que significó para Francia el enfrentamiento con la modernidad, Renaut examina, en el capítulo dos, la situación actual de la crisis universitaria a través de datos institucionales, demográficos y político-económicos. En este capítulo se recalca la “miseria” en

que la universidad se encuentra inmersa, en competencia con las grandes escuelas que convocan un número mucho menor de estudiantes seleccionados y reciben la mayoría del presupuesto asumiendo la función, que antes correspondía a la universidad, de reclutar a la elite. La universidad, por el contrario, está abierta al ingreso irrestricto de todo bachiller y ha aumentado el número de sus estudiantes sin encontrar una función que le sea propia. La concentración en el área de humanidades y la masividad de la convocatoria constituyen, para Renaut, datos centrales para el análisis, que moldearán, al final de este texto, posibles caminos para su solución.

Antes de pensar los caminos que pudieran conducir a salir de la crisis, el siguiente capítulo da cuenta del concepto de universidad en el que fundamenta su análisis. Esta noción se desprende de lo que ha sido el desarrollo de la universidad desde el siglo XIII en dos momentos claves, el origen medieval y su reformulación sobre nuevas bases a fines del siglo XVIII a partir del modelo humboldtiano. Lo extraordinario de la refundación modernizante de la universidad que inició Wilhelm von Humboldt fue conseguir preservar la esfera del “saber puro” incluyendo, a su vez, una perspectiva “práctica” en la convicción según la cual el saber constituido de manera libre y autónoma “forma” lo humano en el hombre. De este modo, Alemania lograba preservar a la universidad como ámbito de enseñanza, investigación y reclutamiento de las elites, contra los riesgos de su disolución a favor de las escuelas superiores especializadas. Este fascinante modelo, que sirvió como base para la construcción de universidades en todo el mundo, es retomado por Renaut con el fin de reflexionar sobre su capacidad de enfrentar la actual realidad universitaria. En el capítulo cuatro, “Olvidar Berlín”, nuestro autor comprende esta cuestión a través de un análisis crítico de dos reformulaciones que la filosofía alemana ensayó como soluciones de la crisis del idealismo, la de Jürgen Habermas y Jürgen Mittelstrass. La solución planteada por Habermas a la crisis del modelo idealista se basó en el reemplazo del árbitro del “conflicto de las facultades”, planteado por Kant en 1798 como función de la filosofía. Para el Habermas de los años sesenta, esta función debía pasar a las ciencias humanas, garantes de una nueva reflexibilidad y constitutivas de una nueva instancia formadora.

La concepción habermasiana es rechazada por Renaut. Por un lado, porque la sustitución de la filosofía por las ciencias humanas no garantiza que puedan volver a generarse nuevos dogmatismos y, por otro, deja intacto —después del paso de un siglo y medio de historia— casi la totalidad del edificio humboldtiano-kaniano para una universidad que ha cambiado tanto en términos de organización administrativa y demográfica como disciplinar. Luego de esta crítica, Renaut pasa a analizar el debate alemán contemporáneo retomando las ideas de Mittelstrass. Para este especialista alemán, la universidad de masas y los actuales imperativos de profesionalización han desmoronado el mito humboldtiano de unidad de ciencia e investigación como “formación”. Mittelstrass critica las transformaciones que profesionalizaron los primeros ciclos universitarios, defendiendo una solución inversa: la deportación de una serie de carreras profesionales y técnicas fuera de la universidad hacia las escuelas superiores. Para Mittelstrass, esta solución dejaría el espacio universitario libre de la demasía de estudiantes para reorganizar sus

tareas específicas: la formación de elites sabias a través de la unión entre enseñanza e investigación. Renaut critica severamente esta opción, sosteniendo que esta “cura de adelgazamiento” estaría renunciando a un desarrollo que lleva más de cuarenta años, el que hizo posible que más estudiantes accedan a la formación universitaria; al tiempo que una evacuación de tal envergadura no estaría dando una respuesta satisfactoria a una mayoría de estudiantes que están interesados en una formación humanística, sin interés prioritario en la profesionalización. La masividad y la inquietud literaria es una experiencia cultural que para Renaut no debería ser descuidada.

Descartadas las alternativas alemanas, Renaut vuelve a la especificidad francesa en el capítulo cinco. La crisis del sistema francés tiene su origen en el prolongado vacío que generó la supresión de la universidad por parte de la Convención en 1793, medida sostenida por los diferentes gobiernos durante más de un siglo hasta la ley del 10 julio de 1896 durante la Tercera República. Esta supresión motivó el desarrollo de las grandes escuelas con un vigor sin equivalente en el mundo, en ellas se concentró desde entonces la vida cultural y científica de la nación, así como el reclutamiento de las elites. La universidad francesa convive desde su reapertura con el dispositivo de las grandes escuelas, este sistema dual genera competencias desiguales y un desfase creciente en la búsqueda de funciones propias para la universidad. A través de este esquema Renaut llega a una conclusión que puede sorprendernos por la gravedad del diagnóstico. Si la crisis del 68 fue fuerte en el imperativo de democratización interna y apertura, no ponía en duda que la universidad cumplía con cierto número de funciones sociales; en cambio, la universidad actual, sin funciones propias, con bajo presupuesto y una marea de estudiantes concentrados en todos sus ciclos, enfrenta una crisis que, “sin estruendo ni explosión”, pone en cuestión su propia existencia.

Lejos de quedar paralizado ante semejante cuadro, Renaut culmina este texto con una propuesta que invita a refundar las funciones universitarias a partir de una opción que realza los rasgos positivos que tanto la masividad como la demanda por las humanidades constituyen para la modernización de la universidad, marcando un fuerte rechazo a las propuestas que intentaron saldar la crisis con el vaciamiento de la universidad o la profesionalización de los estudios. Nuestro autor propone entonces una serie de transformaciones: contra la profesionalización de los primeros ciclos, los tres primeros años deberían dispensar una “formación general” considerada indispensable para el dominio de una disciplina. A este primer ciclo le seguirían dos años consagrados a la adquisición de los fundamentos disciplinares, para culminar con una profesionalización fuerte en el tercer ciclo que trataría de hacer que las ofertas de formación se encuentren suficientemente diversificadas. La libertad de acceso al complemento de cultura general que significaría este primer ciclo, ofrece las mejores oportunidades para seguir el camino de la especialización en las diferentes disciplinas con una base sólida y plural. Además de preámbulo para la especialización, la formación general dispensada por la universidad a una población cada vez más vasta, dotaría a la universidad de una misión esencial en la vida de la democracia: la reducción de las desigualdades

culturales. La universidad así reestructurada, sin atacar a las grandes escuelas ni exigir inversiones imposibles, lograría ser parte del saber de una época, en un devenir cultural, plural y abierto, constituyendo el soporte de una sociedad más democrática e igualitaria.

El libro de Renaut proporciona un punto de vista que, en el medio de fuegos cruzados entre especialistas y funcionarios, vuelve a retomar el análisis de la universidad desde la filosofía que, en tanto acompañó las reflexiones fundamentales sobre sus transformaciones, tiene mucho que decirnos sobre cómo pensar los dilemas y crisis contemporáneos. No ha de sorprendernos entonces la similitud que encuentran las propuestas que Renaut planteaba en el año 2002 en Francia, con los postulados que enfatizaba José Ingenieros para la modernización de la universidad argentina en 1916. Ambos filósofos, activos en el devenir de la universidad en épocas y países diferentes, rechazaron su devenir en mera profesionalización y en la técnica, y postularon que la universidad tiene la misión fundamental de fijar los principios que permitan organizar la cultura superior al servicio de las sociedades democráticas contemporáneas de sus respectivos tiempos.

¿Qué hacer con las universidades? es, pues, un aporte fundamental al debate universitario abierto en la cultura occidental hace más de dos siglos con el cual estamos destinados, por su profundidad y cercanía, a dialogar.



Referencias

1. En J. INGENIEROS, *La universidad del porvenir y otros escritos*, Buenos Aires, Ediciones Meridión, 1957.
2. El sistema de educación superior francés está constituido por ochenta y siete establecimientos estrictamente catalogados como “universidades” y noventa y dos Institutos Universitarios de Tecnología (IUT) que corresponden a la parte que no incluye ni a las grandes escuelas (*grandes écoles*) ni a las denominadas secciones de técnico superior (STS). Las universidades francesas se caracterizan por ser abiertas y gratuitas, de modo que todo poseedor de bachillerato puede acceder a los estudios universitarios. Las grandes escuelas, creadas a finales del siglo XVIII paralelamente al sistema universitario, ofrecen una enseñanza profesionalizada de muy alto nivel con una rigurosa selección para el ingreso que incluye la aprobación de clases preparatorias de dos o tres años de duración.